

035. El Reino en la Iglesia

Jesús empezó la proclamación del Evangelio, apenas salido del Jordán, clamando por todos los poblados de Galilea:

- *¡El Reino de Dios ha llegado! ¡El Reino de Dios está ya presente!...*

Está presente, decía Jesús ya en su tiempo. Cuánto más lo diría ahora.

Pero falta mucho todavía para el fin.

Así lo entendió aquel príncipe ruso. Era diplomático al servicio del zar, y al morir éste fusilado con toda su familia cuando llegó el comunismo, el fiel servidor del rey fue detenido y sometido a juicio.

- *¿Da usted el voto al comunismo, renunciando a su difunto rey?*

Fiel servidor del rey y más fiel servidor de Dios, el digno diplomático contestó ante el tribunal revolucionario:

- *No; mi voto es solamente para el reinado de Dios en la Tierra.*

Condenado y desterrado, murió como sacerdote de la Iglesia Católica. Aún antes de abrazar el catolicismo, cuando oía pronunciar el nombre del Papa se ponía en pie y hacía una reverencia (Príncipe Wolkonsky)

Para este mártir de su pueblo ruso, el Reino de Dios estaba confiado a la Iglesia Católica, puesta por Jesucristo en manos de Pedro como Vicario suyo, como lo presenta, progresivamente, el mismo Evangelio.

Cuando nota Jesús que el ambiente está maduro entre los apóstoles, le hace a Simón Pedro una promesa solemne:

- *Tú eres Pedro, tú eres roca, y sobre esta Roca edificaré yo mi Iglesia.*

Antes de morir, sabiendo que todos se van a dispersar y que iba a fallar hasta el mismo Pedro, le encarga Jesús:

- *Cuando regreses después de tu caída, confirma tú en la fe a tus hermanos.*

Y una vez resucitado, Jesús cumple la promesa a Pedro, y le encarga:

- *Apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas.*

Al final, dice Jesús que volverá glorioso como Rey para juzgar al mundo, y a la Iglesia la meterá en el Reino definitivo de Dios:

- *¡Venid, benditos de mi Padre, tomad posesión del Reino que os está preparado desde el principio del mundo!*

Pablo comentará como colofón de todo:

- *Cristo entregará el Reino al Padre, para ser Dios todo en todas las cosas.*

Y la Iglesia confiesa, conforme a la palabra del Señor, que *su Reino no tendrá fin.*

Como podemos entender, esta visión del Reino y de la Iglesia es imponente.

Estamos ya en este Reino, aunque todavía no se ha consumado, pues la victoria final no llegará hasta que el mundo termine. Ahora la Iglesia, anunciadora y portadora del Reino, tiene que sufrir las consecuencias de un mundo convulsionado por el pecado, y ha de aguantar persecución, porque *el Reino de los cielos padece violencia, y solamente los esforzados se hacen con él.*

Al llegar el Reino, esperado por los judíos de modo espectacular, Jesús aparece humilde, se ve rechazado hasta parar en la cruz, y les dice a los que querían un Reino glorioso:

- *El Reino de Dios no viene espectacularmente, sino que está dentro de vosotros.*

La Iglesia, sabiendo que encarna el Reino, sigue los mismos pasos del Señor. Cuando se ve perseguida, cuando anuncia la Buena Noticia a los pobres, cuando se derrama en mil obras de caridad, cuando camina en humildad y sencillez, cuando hace los prodigios de amor que Jesús..., entonces está cumpliendo su misión de establecer, consolidar y llevar adelante el Reino.

Pero nosotros no miramos el Reino solamente de un modo global a —nivel de toda la Iglesia—, sino de manera personal, individual, dentro de mí, de mi propia persona. Cada uno de nosotros se dice con plena convicción:

- Yo tengo la ciudadanía del Reino, vivo conforme acredita esta mi cédula de identidad, y crezco, crezco siempre en la gracia y la santidad del Reino, hasta que me llegue el momento de recibir el premio que el Rey me tiene prometido.

Porque Jesucristo cumple su palabra, tiene riquezas y las da.

No hace Jesucristo como aquel rey persa de la antigüedad, que, en guerra contra su hermano, promete a sus soldados:

- Después de la victoria os repartiré riquezas sin cuento. Mi preocupación no es que no voy a tener que dar, sino que no voy a contar suficientes amigos para repartir tanto como voy a tener. Además, a cada uno de los griegos que lucháis por mí, os daré una corona de oro.

¡Qué bonitas palabras! Aquel rey fue derrotado, murió en la batalla, las riquezas prometidas no aparecieron por ninguna parte, y la corona de oro no se vio jamás... (Ciro el Joven. Weiss, H.U., vol. II)

Jesucristo, sí; Jesucristo promete y da. Lo que le faltan al Rey Jesús son más seguidores incondicionales a quienes dar después el Cielo, que será el Reino en su consumación final.

En la Iglesia Católica nacimos por el Bautismo para el Reino. En la Iglesia vivimos y en la Iglesia queremos morir. En la tierra estamos dentro del Reino que lucha, y nosotros no rehuimos formar parte en la batalla. Después estaremos en el Reino triunfante...